

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

¹²
DORADO OESTE



GEORGE O'BRIEN

50
CS.

EDICIONES BISTAGNE

**PARAJE DE LA TIERRA
BARCELONA**

**ARGUMENTO
COMPLETO**



EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Año I

Paseo de la Faa, núm. 16 bis
Teléfono 14541. - BARCELONA

N.º 17

El Dorado Oeste

Magnífico asunto de acción y emoción, interpretado
por el popularísimo

GEORGES O'BRIEN

entre otros notables artistas

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)



Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 150
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

15

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

EXCLUSIVA DE VENTA EN ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Música, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbad, 18
Mérida: Cuarteto San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 133 - Teléfono 76507

El Dorado Oeste

Argumento de la película

Ante el puesto donde paraba la diligencia se detuvo un coche.

Jed, el que cuidaba del puesto, fué a saludar, muy amable, a los que ocupaban el coche.

Era la familia Summers.

Los acompañaba el joven Brown, que deseaba que Betty le aceptase como prometido.

Lo primero que hizo el señor Summers al apearse del coche fué entregar a Jed un cigarro.

—Gracias, coronel Summers—contestó el empleado.

Y añadió:

—Estamos de enhorabuena. La señorita Betty regresa del colegio.

—En efecto, Jed. Ya era hora de que mi hija estuviese a nuestro lado.

—¿Cuándo llegará la diligencia?—preguntó el joven Brown.

—Dentro de cinco minutos—contestó Jed.

—Una eternidad para ti. ¿Verdad, muchacho?—preguntó el coronel de un modo significativo.

—En efecto, una eternidad...

El coronel Summers exclamó:

—¡Los Lynch!

Toda la familia Summers se volvió.

En efecto, acababa de llegar un carruaje ocupado por la familia de los Lynch.

Los Lynch y los Summers eran las dos familias más distinguidas y poderosas de la comarca. De aquí había nacido una rivalidad que rayaba en el odio enconado.

Como el coche de los Summers estaba parado ante la caseta y la fachada de ésta era muy reducida, el de los Lynch no podía acercarse a la plataforma.

—No te muevas de ahí, Sam—ordenó el señor Summers dirigiéndose al cochero.

Y después preguntó a Jed:

—¿Qué vienen a hacer aquí los Lynch?

—A recibir a su hijo que llega en la diligencia.

—¿Mi hija viajando con un Lynch?—exclamó el coronel con el tono del que acaba de ser víctima de una gran desgracia.

Bajaron los Lynch y llegaron a la caseta sin ver a los Summers.

El señor Lynch entregó a Jed un cigarro puro.

—Gracias, coronel Lynch.

Y se vió en un verdadero conflicto para guardarse el cigarro, pues todos sus bolsillos estaban repletos. Era el regalo invariable de todos los viajeros que llegaban a la caseta.

—Estamos de enhorabuena, señor Lynch. El señorito David regresa de la universidad.

—Bien dices, Jed. Los cuatro años de su ausencia me han parecido cuatro siglos.

De pronto se dió cuenta de la presencia de los Summers.

—¿Qué hacen los Summers aquí?—preguntó estremeciéndose.

—Han venido a recibir a su hijo que llega en la diligencia.

Y el señor Lynch exclamó:

—¿Mi hijo viajando con una Summers!

Los Lynch y los Summers cruzaron una mirada furibunda y se volvieron la espalda.

Al mismo tiempo, por el camino se acercaba la diligencia, llevando como únicos viajeros a Betty y a David.

El era un arrogante mozo, de robusta complexión y rostro simpático. Ella, una encantadora muñeca rubia.

Evidentemente no reinaba entre ellos el encono que separaba a sus familias.

Por el contrario, estaban ensarzados en vehemente idilio.

Los brazos potentes de David rodeaban el delicado talle de Betty.

La joven lanzó un suspiro.

—¿Qué te pasa?—le preguntó David.

—Que pronto tendremos que hacer frente al estúpido encono que separa a nuestras familias.

—Es verdad. Y nos tendremos que mirar con expresión rencorosa.

—O no mirarnos, que es peor aún.

—Por eso debemos aprovecharnos ahora.

Pronunciadas estas palabras, David rodeó con sus brazos el cuerpo de Betty y la besó en los labios.

Ella entornó los ojos. Se sentía transportada a un mundo de delicias.

Suspiró:

—¡Cuánto te amo, David!

—Pero yo te amo más. ¿Por qué no les confesamos la verdad de nuestro amor?

—Eso sería el fin de todo.

—Entonces, te raptaré cuando menos lo esperas.

—Creo que esa sería la única solución.

Entonces se dio cuenta Betty de que ya se acercaban al pueblo.

—¡Cuidado! Ha llegado el momento de disimular.

Y cada uno se retiró a un rincón del coche.

II

La primera en bajar fué Betty.

El señor Summers se acercó a la portezuela para recibir a su hija en sus brazos.

Después de besarla se encontró con la mirada de David que ya se había levantado de su rincón e iba también a apearse.

Entonces dijo en voz alta:

—¡Siento que hayas tenido tan mala compañía durante el viaje!

El señor Lynch estaba ya al lado de la portezuela, pero el señor Summers la cerró para que su rival tuviera el trabajo de volver a abrirla.

Betty abrazó a sus familiares.

Después tendió la mano a Brown.

—¿Qué te trae por aquí?

—Tú—repuso el joven con inocultable emoción.

Betty tuvo que disimular el mal efecto que aquellas palabras le producían.

Entretanto, David abrazaba a los suyos con la natural alegría.

—Habrá sido un viaje horrible. ¿Verdad, hijo mío?—preguntó el señor Lynch mirando despreciativamente a los Summers.

—El paisaje es muy bello—repuso el joven evasivamente.

—Vamos a tomar el coche.

Y entonces se encontraron con que el coche de los Summers ocupaba toda la plataforma.

El señor Lynch invitó a Sam, el cochero de su rival, a que dejara el sitio libre a su coche.

—¡Quita de ahí esa carraca!—dijo despreciativamente.

Pero Sam sabía que no debía obedecer.

—¡He dicho que apartes el coche!—repitió el coronel Lynch.

Y como tampoco esta vez fuera obedecido, llamó a su cochero.

—¡Jasper!

Jasper acudió.

—¡Quita ese trasto de en medio, Jasper!

Entonces gritó el señor Summers:

—¡Ya sabes cuál es tu obligación, Sam!

—Obedece, Jasper.

Y Jasper cogió al caballo por las bridas, dispuesto a cumplir la orden.

—¡Cuidado con tocar el caballo! — dijo Sam amenazadoramente.

Pero Jasper no le hizo caso. Entonces Sam se apeó y se interpuso entre Jasper y el caballo.

—¡Dale una paliza, Jasper! —ordenó el señor Lynch.

—¡Rómpele la crisma, Sam! —gritó el señor Summers.

Y los dos cocheros se acometieron furiosamente.

En el rostro de Betty se reflejó el desagrado que todo aquello le producía.

En cuanto a David, con un gesto de enojo se dispuso a evitar la riña. Pero le cortó el camino el hermano de Betty.

Era fácil comprender que éste hubiera sido un muñeco entre las manos hercúleas de David, pero éste pensó en Betty y se contuvo.

Los dos cocheros habían rodado por el suelo.

Alrededor de los luchadores se había formado un corru.

De pronto se oyó una mandquilla lejana.

El instrumento musical era una armónica y el concertista un joven que guiaba una especie de *roulotte* como las que usan las compañías de circo ambulantes.

Este joven tenía aspecto de extranjero y su *roulotte* era algo así como un comercio sobre ruedas, donde se vendía toda clase de baratijas.

Cuando el concertista llegó al lugar donde los dos cocheros estaban riñendo, dejó de tocar, detuvo los caballos y bajó del coche.

Separó a los dos cocheros y dijo con cierto énfasis:

—¿No les da a ustedes vergüenza? ¡Reñir a sus años como dos golfillos!

Y añadió en tono declamatorio:

—¿No saben lo que dice el adagio? El que... el que...

Pero no llevaba traxas de pasar de ahí por mucho que se empeñaba en recordar.

—Pues tampoco yo sé lo que dice el adagio.

La alegre franqueza del simpático joven arrancó una carcajada a todos los presentes, menos a los Summers y a los Lynch, que seguían tan serios como si les que acabaran de pelear fueran ellos en persona.

David miraba con simpatía al recién llegado. Avanzó hacia él y le tendió la mano.

—Muchas gracias—le dijo—. Su intervención no ha podido ser más oportuna.

—No me dé las gracias—contestó el joven—. Me encanta servir a todo el mundo.

—¿Es usted irlandés?

—He nacido en Irlanda, pero soy judío.

En el corro produjo cierto mal efecto esta confesión.

Pero el irlandés, sin preocuparse, añadió de muy buen humor:

—La gran combinación para hacer dinero. ¿Verdad?

Todos rieron la ocurrencia del extranjero y especialmente David que le golpeó el hombro afectuosamente.

—Buena, señores—dijo el irlandés—, ahora van a permitirme que les explique un poco cómo me las arreglo para vivir. Tengo un verdadero bazar. Puedo venderles cualquier cosa que necesiten. Vean ustedes.

Descorrió una cortina que cubría todo un lado de la *roulotte* y apareció una estantería abarrotada de los géneros más diversos.

—Aproveche la ocasión el que quiera, pues mañana sabe Dios dónde estará. Mi casa y mi negocio tienen ruedas y un espíritu nómade como el de su dueño. Jamás estoy más de cuarenta y ocho horas en un mismo sitio. Hoy estoy aquí, pero acaso dentro de unas horas me encuentre muy lejos. Aprovechen la ocasión, repito, porque tengo los mejores géneros del mundo. Anímense, señores, que el irlandés se marcha.

Pero como entre el público no había un solo individuo que pareciera dispuesto a "animarse", el joven dijo sin perder su buen humor:

—Peor para ustedes. Esta ocasión no se les presentará en mucho tiempo. Acase tarde años en volver a pasar por aquí.

Corrió la cortina, subió al pescante y fustigó a los caballos.

Al alejarse se volvió a oír la musiquilla de la armónica.

III

Se estaba celebrando un baile en casa de los Summers.

Entretanto, Betty y David, protegidos por la soledad del campo, se entregaban a su puro y secreto amor.

David iba vestido de militar.

Era el disfraz que había adoptado para asistir en secreto al baile de los Summers.

—Temo que te descubran—dijo ella.

—Yo estoy seguro, en cambio, de que no me han de descubrir. El antifaz me asegurará el incógnito.

—Sin embargo, es una temeridad lo que te propones.

—¿Qué querías? ¿Que te dejara sola en el baile, entre todos tus adoradores?

—Mis adoradores no me importan lo más mínimo. Sólo me importa uno y tú sabes quién es.

—Creo que lo tenemos muy cerca. ¿No es así?

—Y así quiero tenerlo siempre—declaró la muchacha dirigiéndole una mirada llena de ternura.

Se dirigieron a casa de Betty. En el camino encontraron la choza de una negra con ribetes de pitonias y entraron a que les leyera el porvenir. Ella auguró la próxima unión de ambas familias y con esta esperanza David y Betty reanudaron el interrumpido camino.

Cerca de casa de Betty se separaron.

El joven Brown buscaba a su adorada por el salón, mientras el hermano de Betty bebía con sus amigos.

—¿Has visto a Betty?—oyó de pronto Brown que le preguntaban.

Se volvió y vio al señor Summers.

—La voy buscando. ¿Acaso tampoco la ha visto usted?

—No. No sé por dónde debe de andar. Pregúntale a Enrique,

Enrique era el hermano de Betty.

Brown fué en busca de él para interrogarle, pero el estado del joven Summers fué un obstáculo para que pudiera aclararle lo que deseaba saber.

De pronto, entró Betty en el salón acompañada de David.

David llevaba puesto el antifaz y nadie sospechó, ni remotamente, quién era la persona que ocultaba aquella máscara y aquel uniforme.

Brown la descubrió en seguida. Fué como si su corazón le hubiera presentir la proximidad de la amada.

Se fué hacia ella en el momento en que comenzaba a tocar el sexteto.

—Te andaba buscando—dijo sin poder disimular su emoción.

—He estado en mi habitación hasta ahora.

—¿Me concedes este baile?

—Lo siento, Brown, pero lo tengo prometido.

—Entonces ¿el próximo?

—Sí, el próximo.

El joven Brown se retiró resignado y triste.

Se encontró con el señor Summers que le preguntó alegremente:

—¿Has encontrado al fin a Betty?

—Sí, señor Summers.

—¿Y cómo es que no estás bailando con ella?

—Tenía el baile prometido antes de que se lo pidiera yo.

—Pues vigílala para que no se te escape otra vez.

Brown asintió.

No necesitaba aquel consejo para no quitar ojo a Betty, la cual se entregaba a una animada charla con el desconocido, al mismo tiempo que bailaba con él.

Y la complacencia que Betty demostraba ante los galanteos del enmascarado le hacía sufrir enormemente.

—Te veo un poco triste—estaba diciéndole David.

—Triste, no; preocupada.

—¿Por qué?

—Ya puedes figurártelo. ¿Que pasaría si te reconocieran?

—Pero eso no sucederá.

—La gente te mira con curiosidad. Pronto tendrás que marcharte. Con tu antifaz estás llamando la atención.

—Pues me lo quitaré.

—¿Qué locura!

—Sería el mejor procedimiento para acabar de una vez con esta situación insostenible.

—¡No lo hagas, David!

Y al hacer esta súplica, Betty denotaba la misma inquietud que al el hecho se hubiera producido.

IV

Enrique seguía bebiendo.

Ya le costaba gran trabajo mantenerse sobre sus piernas.

—Todavía no se ha quitado el antifaz el enmascarado—comentó uno de sus amigos.

—¿Quién será?—preguntó otro.

—Eso vamos a saberlo en seguida—declaró Enrique resueltamente.

—¿Qué vas a hacer?—le preguntó uno de sus camaradas.

—Quitarle el antifaz.

Trataron de detenerlo, pero él se desprendió de las manos que le sujetaban y se dirigió a David.

Antes de que éste pudiera prevenirse, le quitó el antifaz.

—¡Lynch!—exclamó.

Y esta palabra produjo en el salón el efecto de una bomba.

Todos los invitados se volvieron y sus miradas se concentraron en David.

Betty estaba intentamente pálida.

—¿Quién le ha invitado?—preguntó Enrique amenazadoramente.

—Yo—intervino Betty arriesgándolo todo.

El señor Summers había presenciado la escena desde lejos.

Estaba tan asombrado al ver la cara de Lynch, que permaneció un momento inmóvil, sin acceder a dar al hecho una solución que fuera del reflejo de su estado de ánimo.

—¡Llévate a tu hija!—ordenó el dueño de la casa a su esposa. Y cuando la señora de Summers hubo obedecido, él se encerró con David.

—¡Un Lynch en mi casa!—exclamó—. ¿Es una burla?

Pero ya Enrique había vengado aquella afrenta, dejando caer su mano en el rostro de David.

Por un momento pareció que el atlético joven iba a replicar a la agresión de modo que hubiera dejado recuerdo, pero se contuvo, y se limitó a decir:

—Cuando se le haya pasado la borrachera estaré a su disposición.

Le apartó fácilmente con un brazo y se dirigió a la puerta.

—¡Alto o disparo!—oyó que gritaba Enrique antes de que él pudiera llegar al vestíbulo.

David se detuvo y se volvió.

Al ver que Enrique empuñaba un revólver lo envolvió en un gesto de indiferencia.

—Si dispara, le recomiendo que apunte bien.

Y de nuevo volvió la espalda a Enrique.

Entonces sonó un disparo y David no pudo reprimir un gesto de dolor al mismo tiempo que se llevaba la mano a un hombro.

Al ver que Enrique todavía empuñaba el revólver, dió un salto y cayó sobre él sujetándole la muñeca.

Entonces sonó un segundo disparo y Enrique se desplomó.

Comprendió David que si seguía allí estaba perdido. Habría de matar a alguien más en defensa propia.

Por eso echó a correr, salió de la casa, saltó a lomos de su caballo y se alejó al galope tendido de su ligera cabalgadura.

V

Habían pasado algunas horas.

Betty permanecía en su habitación sin intentar dormir.

Se había enterado de la muerte de su hermano y sabía que se la atribuían a David.

Tampoco ignoraba que él se había dado a la fuga y que habían salido persiguiéndola.

Uno de los perseguidores era el señor Summers, que iba a la vanguardia de un escuadrón de amigos y criados.

Lloraba Betty pensando en las desgracias que se habían sucedido aquella noche, cuando oyó un ruido a sus espaldas. Se volvió y se quedó estupefacta al ver a David.

—¿Tú?

—Sí. Vengo a despedirme.

Passado el primer momento de sorpresa, Betty se había arrojado en sus brazos.

Esta era la mejor prueba de que no le consideraba culpable del crimen que se le imputaba.

Tampoco él intentó explicarle nada. Estaba seguro de que Betty creía en su inocencia.

—He venido a despedirme—repitió.

Ella se dió cuenta entonces de que por el brazo de David fluía la sangre.

—¡Estás herido!—exclamó.

Pero él no parecía dar importancia a su herida.

—Mi familia quiere que dé la batalla, pero con esto no logramos sino aumentar el derramamiento de sangre.

—Es verdad.

—Por eso he decidido marcharme.

—¿Adónde?

—Hacia el Oeste.

—Acaso sea lo mejor.

Y en seguida preguntó:

—¿Me mandarás a buscar?

—En seguida que pueda. Ese será mi primer cuidado.

Un galope lejano de caballos y un furioso aullido de perros llegaron a oídos de ellos en el silencio profundo de la noche.

—Son los que te persiguen—dijo Betty con inquietud—. Debes marcharte en seguida.

—Sí, adiós.

Se abrazaron.

De la ventana saltó David a su caballo y huyó velozmente a través de la noche.

En medio del campo se veía el carro del irlandés. Acababa de asomar el sol por el horizonte. El irlandés, sentado junto a su almacén ambulante, se afeitaba y cambiaba.

Oyó de pronto el galopar de un caballo y vió que el caballero era un joven vestido de oficial.

Se dirigía hacia él al galope tendido. Cuando llegó junto al carro trató de saludar a su dueño, pero apenas pudo desplegar los labios. El caballero oyó de la cabalgadura.

Se apresuró el irlandés a auxiliarle y entonces reconoció a David Lynch.

—¿Qué le pasa?—le preguntó.

—Me persiguen.

—Está usted herido.

—Sí, pero les parece poco y quieren matarme.

—Les va a ser difícil encontrarle.

Dicho esto el irlandés arrastró el cuerpo de David al interior del coche.

En seguida llegaron los perseguidores de David con el señor Summer a la cabeza.

—¿Ha visto usted pasar por aquí un joven vestido de militar?

—¿Iba a caballo o a pie?

—A caballo.

—Entonces debe de ser uno que corre como un demonio hacia el Sur.

—¿Hacia el Sur?

—Sí, señores.

El señor Summers le miraba fijamente, como si tratara de comprobar si el irlandés les decía la verdad o les estaba engañando.

Este, que había suspendido la tarea del afeitado, descorrió la cortina del coche y comenzó a hacer el artículo.

—Aprovechen la ocasión, señores. Tengo botones y sacacorchos, ligas y gemelos, dentaduras postizas y agujas de coser. Todo bueno, bonito y barato.

El efecto fué inmediato. El señor Summers picó espuelas a su caballo y sus acompañantes le siguieron.

Se alejaron hacia el Sur.

Entonces el irlandés descorrió otra cortina del coche, la que cubría su parte trasera y ayudó a salir a David.

Le lavó la herida, le vendó y fué en busca de su caballo, que se había internado en el bosque obedeciendo a un grito de su dueño cuando éste, ayudado por el irlandés, se ocultaba en la *roulette*.

VI

En el pescante de la *roulette* iban David y el irlandés.

Este se cosía unos botones de la camisa que estaban flojos.

—¡Qué bien cosas!—exclamó David—. Si te casas tendrás un esposo ideal.

—Agradezco tus buenos deseos, pero no me casaré.

—¿Es una promesa?

—Es que no quiero perder mi hermosa libertad.

Fueron un buen trecho en silencio. El coche rodaba sobre un camino cuyo fin no se veía. El paisaje era magnífico.

—¿Adónde vamos?—preguntó David.

—Nos usiremos a una de las caravanas que van hacia el Oeste a fundar colonias. ¿No te parece?

—Es una buena idea. Así iremos más acompañados.

—Y yo podré vender mis mercancías.

—Con lo que las ventajas son dobles.

Pronto encontraron esa caravana y se unieron a ella.

Fueron muy bien acogidos. La simpatía del irlandés y la gallardía de David les atraerán rápidamente la amistad de todos aquellos bravos que formaban la caravana.

Nita se sintió atraída por David desde el primer momento. Nita no sabía quiénes eran sus padres. Cuando tenía tres años la había adoptado un matrimonio, ya viejo, que formaba parte de la caravana y ahora era ya una bella muchacha de diez y ocho años.

Todo esto iba explicando Nita a David, ambos montados a caballo, cuando de la *roulotte* del irlandés se salió una rueda.

David acudió rápidamente en auxilio de su amigo.

Levantó el coche y dijo al irlandés que volviese a colocar la rueda.

Aquella demostración de fuerza por parte de David causó el asombro de todos cuantos le estaban viendo.

El irlandés era el más asombrado.

—¡Times más fuerza que Hércules!

Pero con tanto asombro, no colocaba la rueda y David tenía que seguir soportando el peso enorme de la *roulotte*.

—Si no pones en seguida la rueda, vuelto el coche.

La amenaza surtió efecto.

El irlandés se dispuso a colocar la rueda.

Pero antes de que pudiese hacerlo, una ráfaga de aire se le llevó el pelo que cubría su cabeza y apareció una reluciente calva.

El descubrimiento de que el irlandés llevaba peluca fué acogido con una carcajada general.

Por fin fué colocada la rueda y la caravana continuó su marcha a través de las llanuras desiertas y de las montañas ingentes.

Hicieron un alto en el viaje.

Entre los carros y algunas tiendas de campaña formaron una especie de poblado.

El irlandés no podía quejarse de la marcha del negocio.

La caravana era numerosa y todo cuanto necesitaban se lo compraban a él.

—Así de gusto—decía el dueño del almacén ambulante—. Trabajar sin competencia.



... se acercaba la diligencia llevando como únicos viajeros a Betty y a David.



... y ayudó a salir a David.



—Supongo que no ignoras a lo que vengo.



... y lo primero que hizo fué lavarle y vendarle la herida, lo que despertó la gratitud emocionada de David.



—... Desearé que sea muy feliz.



—¿Dónde está el campamento de Montano?



Montano se encargó de le a desenganchar la máquina...



... Betty le presentó a Montano.

Arreglándola estaba su almácen cuando se acercó un padre con su hijo.

—¿Usted sabe también sacar muelas?

—¡Ya lo creo!—repuso el irlandés con aires de sabio—. Entre las varias carreras que he estudiado está la de dentista.

—Pues haga el favor de sacarle una muela a mi hijo.

El muchacho protestaba, y trataba de huir, pero el padre le sujetaba fuertemente.

El irlandés le hizo sentar en un escabel que llevaba siempre en el coche, cogió unas tenazas que para arrancar clavos eran una maravilla y se dispuso a realizar la operación.

La verdad era que en la vida se le había presentado ocasión de arrancar una muela, pero estaba seguro de que saldría airoso de su empeño.

¿Qué diferencia podía existir entre sacar una muela y arrancar un clavo? Todo era cuestión de dar un tirón seco y fuerte.

El muchacho continuaba protestando.

—¡Pero si ya no me duele!

—Mejor—dijo el padre—. Siempre he oído decir que las muelas hay que sacarlas cuando no duelen. ¿Verdad, señor?

—Y tan verdad. Como que si le doliera no se la podría arrancar.

Entonces el muchacho comenzó a dar gritos diciendo que le dolía mucho, pero el dentista no hizo caso.

Le metió las tenazas en la boca, dió un tirón y, al mismo tiempo que salió la muela, salió el muchacho corriendo enloquecido.

—No me explico cómo se queja—dijo el irlandés con aplomo—. Nunca hago daño a mis clientes.

VII

Por la noche, mientras los expedicionarios cantaban en la soledad augusta del bosque, David escribía una carta a Betty en el coche del irlandés, utilizando un cajón a modo de mesa de escritorio.

De pronto se presentó Nita y él, con un movimiento instintivo, tapó la carta con una hoja en blanco.

—¿Escribiendo? —preguntó Nita.

—Una carta a los míos —mintió David.

—¿Nostálgica?

—No.

—Me cuesta creerle.

—Se lo aseguro, Nita. No siento el menor deseo de volver.

En los ojos de Nita brilló la esperanza.

El advirtió y comprendió aquel fulgor. Sintió hacia la muchacha una especie de inquietud.

—He oído decir que mañana van a cazar búfalos — declaró Nita con el único objeto de no dar por terminada la conversación.

—Sí. Vamos Marcos y yo.

—Y yo.

—¿Usted?

—Sí. Estoy decidida a acompañarles.

—No debe usted ir. Es una caza peligrosa.

—Ese es su mayor atractivo.

—¿Lo consienten sus padres?

—Sí.

—Sin embargo, créame a mí y no venga.

—¿Le molesta mi compañía?

—Bien sabe usted que no.

—Entonces irá y no habrá nada ni nadie capaz de impedirlo.

De fuera llegaban los cánticos de los expedicionarios.

Y en aquellas canciones había una extraña mezcla de dulzura y rudeza. Eran cantos empapados del perfume de los bosques, de los embates del viento, de la luz de las montañas.

Se fué Nita y David terminó su carta.

Un extraño sentimiento guiaba su mano. ¿El amor? ¿El deber?

En ella prometía a Betty que iría en su busca en cuanto las circunstancias se lo permitieran.

* * *

Llegaron los cazadores a orillas de un lago.

Desde allí se divisaban, como grandes manchas en la llanura, las manadas de búfalos.

—Allí están—dijo el acompañante de David, hombre docto en aquella clase de cacerías.

—Esta noche vamos a tener buena caza—exclamó David.

—¡Con tanto como me gustan a mí los filetes de búfalo!—dijo alegremente Nita.

David le rogó:

—No siga adelante, Nita. Quédese aquí mientras nosotros nos adelantamos hasta las manadas. Así le podrá dar de beber a su caballo, que buena falta le hace.

Accedió Nita y los dos cazadores se destacaron a través de la llanura mientras ella entraba en el lago para que el caballo bebiere.

Las manadas de búfalos eran formidables. Debían de contarse por miles.

Bajaron los cazadores de sus caballos y se acercaron cautelosamente para no espantarlos.

David se echó el rifle a la cara y disparó.

La manada emprendió una fuga ruidosa y precipitada dejando una pieza tendida en el suelo.

—¡Buen ejemplar!—exclamó el cazador que acompañaba a David.

Pero éste no le escuchaba.

Miraba con interés la dirección que la manada había tomado en su huida.

—¡Van hacia el lago!—exclamó.

—En efecto.

—Y allí está Nita.

El cazador sabía muy bien lo que estas palabras querían decir.

Los búfalos iban ciegos. Todo cuanto les cortara el camino lo arrullarian y lo destrozarían.

—¡Hemos de salvarla!—gritó David.

Y emprendieron veloz carrera.

Cuando Nita vino a darse cuenta del peligro que la amenazaba, ya estaba encima la manada de búfalos.

Se apresuró a hacer salir a su caballo de la laguna y golpeó con los tacones el vientre del animal, pero éste, al ver el negro alud que formaba la manada, se espantó, dió un salto y arrojó al suelo a la joven.

Nita se vió rodeada de la negra masa.

Entonces llegaron David y su compañero.

Los búfalos, en su ciega carrera, rozaban las ropas de la joven, que por primera vez había perdido su presencia de ánimo y lanzaba gritos de horror.

Pero ¿qué podía hacer David por ella?

¿Cómo romper aquella barrera formidable?

Con admirable destreza y pesmosa sangre fría, David logró apartar a la manada del lago, hasta ahuyentarla, y aprovechando una ocasión se apoderó de Nita, sin dejar de galopar para evitar que se acercara algún búfalo.

Cuando regresaban al campamento, la joven prometió a David no volver a desobedecerle.

VIII

Ya había reanudado la marcha la caravana.

Iban hacia el dorado Oeste con el corazón lleno de esperanza y de alegría.

Allí fundarían una colonia, allí encontrarían tierras vírgenes para explotarlas, ganados abundantes... Allí, en fin, todos iban a ser ricos y felices.

Nita, como siempre, había ajustado la marcha de su caballo a la del de David.

Iban hablando, recordando los pasados incidentes y haciendo augurios sobre el porvenir.

De pronto, en dirección contraria a la que la caravana seguía, apareció un grupo de hombres montados a caballo.

David reconoció en seguida al que iba delante. Era el señor Summers.

Y comprendió por qué estaba allí.

Se había propuesto encontrarlo y al fin lo había conseguido. El viejo Summers no perdonaba, como no habría perdonado el viejo Lynch.

Summers condujo su caballo hasta el de David. La caravana se había detenido y todos miraban sorprendidos a aquel caballero que llevaba una pistola en la mano.

—Supongo que no ignoras a lo que vengo.

—Sé que no viene a nada bueno—contestó David fríamente.

El señor Summers le entregó su pistola.

—Toma y defiéndete.

El joven se negó, pero Summers insistió.

—Toma mi pistola y no seas cobarde.

Entonces David la tomó.

Uno de los que acompañaban a Summers se destacó de los demás, entregó otra pistola al padre de Betty y se dispuso a actuar de árbitro.

El señor Summers se alejó con su caballo a unos diez pasos de distancia.

—¿Listos?—preguntó el árbitro—. Cuando dé tres palmadas pueden disparar.

Dió las tres palmadas y David no levantó el brazo.

En cambio, Summers apuntó y disparó.

Cayó David del caballo, se alejaron los caballeros. Nita, que había seguido la escena con un gesto de intensa ansiedad, dió un grito y se abalanzó sobre el cuerpo del herido.

El jefe de la caravana dió las órdenes oportunas.

Pronto encontrarían en el camino una factoría. Era preciso llegar a ella cuanto antes para que los médicos reconocieran al herido.

Colocaron a éste en el carro de Nita, porque así lo suplicó ella, y lo primero que hizo fué lavarle y vendarle la herida, lo que despertó la gratitud emocionada de David.

Curiosamente estaba Nita, cuando descubrió en su bolsillo la carta escrita la noche antes. David había perdido el conocimiento y ella no pudo reprimir la tentación de leer la carta.

Y entonces vió que David la había engañado al decirle que escribía a su familia.

La carta iba dirigida a una mujer que se llamaba Betty, y en ella había escrito la mano de David palabras de amor.

Una honda tristeza dominó el corazón de Nita. Pero pensó:

—¿Acaso me ha hablado de amor? ¿Acaso puedo condenar su conducta como si me hubiera traicionado?

Y añadió después con una especie de abnegado heroísmo:

—Pero, por encima de todo, le amo.

Y volvió a depositar la carta en el bolsillo donde la había encontrado, manchada de sangre.

Cuando llegaron a la factoría, el médico reconoció a David y dijo que no podía continuar el viaje por necesitar reposo absoluto.

—Yo me quedaré con él para cuidarlo—dijo Nita con decisión.

Y sus padres adoptivos dijeron:

—También nos quedaremos nosotros.

Y el jefe de la caravana decretó:

—Nos quedaremos todos.

Y es que entre aquellos bravos que tan fácilmente se jugaban la vida, tan duchos y brágados en todas las peligros y todas las privaciones, si faltaba algo no era la solidaridad y el compañerismo precisamente.

IX

Habían pasado algunos años.

En el hogar formado por Nita y David—una casita a la linder de un bosque—un niño alegraba los días del matrimonio.

Era el día de su segundo cumpleaños y Nita había preparado el tradicional pastel para su hijito.

En él se veían solo dos velas encendidas. David cogió al niño y le invitó a soplar para apagarlas.

En este momento se presentó el irlandés. Su presencia produjo gran alegría a Nita y a David.

Hacía mucho tiempo que no lo habían visto. A poco de casarse sus amigos, el irlandés había emprendido en su *volante* el camino del Este, y sólo habían recibido de él una carta, a la que el matrimonio contestó dándole cuenta del nacimiento del niño.

—¿Dónde está el pequeño?—fueron sus primeras palabras.

Y lo cogió en brazos.

—Te traigo un regalito que te va a gustar mucho. Ahora verán.

Desenvolvió un pequeño paquete que había dejado sobre la mesa y sacó una cajita de música.

—Ahora basta darle cuerda para que suene una musiquita preciosa. Verán, verán...

Le dió cuerda y empezó a sonar la música.

Era un vals lento que inspiró al irlandés deseos de bailar.

—¿Quieres bailar conmigo, pequeño David?

Y aunque al niño no le hacía ninguna gracia el baile y prefería oír la música no tuvo más remedio que bailar, porque el irlandés había vuelto a cogerle en brazos.

David miraba la cajita de música con ojos estúpidos. Aquel vals era el mismo que él bailaba con Betty la noche en que ocurrió el drama que había separado para siempre. Era un vals que a Betty le gustaba mucho y que su antigua novia tocaba al piano.

Esto representó para David un resurgimiento de todos los recuerdos que él creía dormidos o muertos para siempre.

Recordó que había prometido a Betty volver por ella.

Y en su conciencia gravitó de súbito el convencimiento de que la había traicionado casándose con Nita.

—¿Bailamos tú y yo?—le preguntó ésta.

El pareció salir de las profundidades de un sueño.

No—dijo secamente—, no tengo ganas de bailar.

Y en aquel tono había una especie de acusación, algo así como si pretendiera achacar a Nita las culpas de lo que había ocurrido.

—Prepara la cena—dijo entonces David para disimular su turbación—. Nuestro amigo debe de tener apetito.

—¿Que si tengo? Me comería un elefante.

Y cuando Nita se fué a la cocina, David paró la cajita de música.

Al darse cuenta de que estaban solos, el irlandés declaró:

—Tengo noticias para ti, David. ¿Sabes que Betty se casó y tiene una niña?

De momento, la noticia sorprendió a David desagradablemente. Se sentía despedido por la conducta de quien tanto había asegurado amarle. "¿Y por esa mujer me estaba preocupando yo?", se dijo.

Pero comprendió en seguida que él había hecho lo mismo y entonces sintió que su conciencia se aligeraba y que pasaba la ráfaga de preocupación y pesimismo.

—Betty creyó que habías muerto a consecuencia de tu desafío con su padre. Por eso se casó.

—La verdad es—dijo David con sincera alegría—que no han podido arreglarse mejor las cosas. Desearé que sea muy feliz.

—¿Como tú?

—Sí, como yo.

Entonces David dió vuelta a la cajita de música e invitó a su esposa a bailar.

* * *

Se oyó de pronto un disparo y, en seguida, una gritaría infernal.

—¡Los indios!—exclamó David.

El irlandés procedió a asegurar la puerta.

Nita abrazaba a su hijito con un gesto de terror.

—Oculta al niño—dijo David—y disponte a ayudarnos. Tú te encargarás de cargar las escopetas.

Nita obedeció.

Abrió un arca y ocultó al niño con su cajita de música, teniendo cuidado en que la tapa no se cerrara completamente con objeto de que al pequeño David no le faltara el aire para respirar.

El irlandés y David ya estaban en las ventanas disparando.

Nita se arrodilló junto a ellas, formó un montón con las municiones y comenzó a cargar escopetas para entregarlas a cambio de las vacías.

Fue una lucha desesperada y heroica. Pero los indios eran muchos y al fin el heroísmo tuvo que doblegarse ante la superioridad numérica.

La primera en caer fué Nita, de un flechazo en la espalda, que le atravesó el corazón.

Después le tocó el turno a David, cuando el enemigo penetró en la casa como una avalancha después de echar la puerta abajo.

El irlandés cayó también herido, pero su peluca le salvó. Cuando un indio iba a cortarle el cuero cabelludo, como había hecho a David, asegurando así su muerte, se dió cuenta de que estaba calvo.

Y entonces se volvió a guardar el cuchillo.

Ya iban a marcharse cuando uno de ellos les invitó a detenerse mediante unos gritos extraños.

Era que se oía la música del juguete que el irlandés había regalado al pequeño David.

Guiándose por ella, descubrieron al niño dentro del arca y se lo llevaron.

El único que se había salvado era el irlandés, el cual, a la mañana siguiente, pudo llegar, aunque herido y a costa de grandes esfuerzos, a la factoría próxima.

X

Veinte años después, la civilización iba ganando palmo a palmo aquellos terrenos adonde fué a parar David Lynch para desgracia suya.

Estaba tendiendo una vía de ferrocarril y el ingeniero que dirigía los trabajos era precisamente Brown, el que se había casado con Betty.

Ahora los cabellos de Brown empezaban a blanquear y su hija, llamada Betty como su madre, era una hermosa muchacha de veinte años.

Lobo Negro, uno de los jefes de la tribu de Montano, sembraba entre los indígenas el odio a los blancos y la pasión de la guerra.

Frecuentemente, aquellos indios se dirigían contra la línea del ferrocarril y los obreros habían de dejar sus herramientas para empuñar las armas.

Un día llevaron a la caseta del ingeniero a un indio de la tribu de Montano. La policía montada había logrado capturarlo.

—¿Conoce usted a Montano?—le preguntó el ingeniero.

—Sí.

—¿Sabe usted que no es indígena sino blanco?

—Sí, pero es fiel a nuestra causa.

—¿Por qué lucha contra nosotros?

—Porque nos roban lo que es nuestro.

—Aquí no se les roba nada.

—Sí, la tierra.

—¿Dónde está el campamento de Montano?

—No lo sé.

Y fué inútil todo cuanto hizo Brown para averiguar el paradero del famoso jefe.

Entretanto, por el camino, avanzaba la *roulotte* del irlandés, conducida por Betty Brown.

También en el comerciante bohemio había dejado profundas huellas el tiempo transcurrido. Su rostro estaba arrugado y blanco su cabello.

—¿Cris usted admirablemente—alabó el irlandés.

—Todas las que hemos nacido en esta tierra, hombres o mujeres, sabemos montar a caballo o conducir un tronco de ellos.

De pronto se oyó un grito, el grito característico que lanzaban los indígenas antes del ataque.

El irlandés quitó las riendas a Betty y fustigó a los caballos.

Pero no pudieron escapar. La *roulotte* era muy pesada y los caballos de los indios parecían volar.

Los indios sujetaron a los caballos de la diligencia y ya comenzaba a preguntarse Betty si saldría de allí con vida, cuando uno de los indios la cogió por una muñeca para obligarla a bajar del coche.

Entonces se oyó una voz, un grito lejano y todos los indios se volvieron.

Era Montano, que llegaba al galope tendido de su caballo.

Todos los indios se retiraron con una especie de temor, decididos a no oír hasta recibir órdenes del jefe.

Montano se quedó mirando a la joven blanca y el irlandés se quedó mirando a Montano.

Aquel hombre que iba vestido a la usanza india era de raza blanca y su parecido con David Lynch era tan asombroso, que el

irlandés lo habría tomado por su amigo de no haber muerto en su presencia.

Entonces pasó una sospecha por su mente. ¿Sería el hijo de Lynch? ¿Aquel niño que desapareció la noche trágica?

Montano había invitado a Betty a bajar del coche y en vista de que la joven no le obedecía, la cogió sin contemplaciones por una muñera y tiró de ella haciéndola caer en sus brazos.

—¡Esto le costará caro!—protestó Betty—. Soy hija del ingeniero Brown.

Pero la respuesta de Montano, fué colocar a Betty sobre el caballo, delante de él, y partir después de ordenar a sus hombres que le siguieran.

El irlandés llevó a Brown la triste nueva del secuestro de su hija, y explicó que el llamado Montano no podía ser otro que el hijo de David Lynch.

—Entonces más motivo para que le ahorquen—dijo Brown firmemente.

Encargó al comandante de la policía que procurara hacer llegar hasta Montano ofertas de rescate, pero los indios contestaban que lo único que querían era que abandonaran la construcción del ferrocarril.

Y también eso era lo único que no podía hacer el ingeniero Brown.

—¡Habrá que dar la batalla, comandante!—dijo el ingeniero.

—La daremos, pero para eso tendremos que esperar a que lleguen refuerzos del fuerte.

Y con esta inquietud y con esta esperanza pasaron algunos días sin que la situación creada por el rapto de Montano cambiara lo más mínimo.

XI

La primera que había hecho Montano al llegar al campamento fué casarse con Betty.

La ceremonia consistió en una serie de danzas y otros ritos extraños que para la joven no tenían ningún valor.

Después Montano se la llevó a su tienda, a pesar de las protestas de Betty.

Montano estaba loco de amor, un amor repentino y extraño, por la joven blanca y estaba dispuesto a satisfacer sus deseos hasta el fin.

A la mañana siguiente, cuando Betty despertó en la tienda de Montano y vió que el indio dormía al lado suyo, cuando recordó lo que había sucedido durante la noche, trató de huir, pero Montano despertó a tiempo para alcanzarla.

Y pasaron los días.

Poco a poco, Betty, con gran sorpresa, fué dándose cuenta de que cada vez odiaba menos a Montano, el hombre rudo y fuerte que la trataba sin contemplaciones, pero de cuyo amor no podía dudar porque le daba de él constantes pruebas.

Tanto era así, que Lobo Negro aprovechó aquella circunstancia para levantar a los indios contra su jefe.

—Montano es un traidor—les decía—. Desde que tiene a la joven blanca, sólo se preocupa de ella. Hemos de volver a atacar al ferrocarril por... arrojar de nuestras tierras a los que vienen a robarnoslas. Y sabed que esos que nos roban son hermanos de raza de Montano.

A fuerza de discursos como éstos logró levantar el ánimo de los indios, y un día acordaron, primero matar a Montano, después emprender un ataque contra el ferrocarril aliándose con todas las tribus del contorno para que el triunfo fuera seguro.

Entretanto, Montano y Betty charlaban en la hermosa soledad del campamento del jefe.

Montano acababa de regalar a Betty una cajita de música.

—Muere esta llave y verás cómo canta—le dijo.

Betty le dió cuerda y de la cajita salió una música que ella conocía.

—Es un vals que cantaba mucho mi madre. De ella lo he aprendido yo. ¿Quién te ha dado esta caja?

—Siempre la he tenido.

—¿Siempre?

—Sí.

—¿Desde que estabas con tus padres?

No era la primera vez que Betty aludía a los padres de Montano. Y una vez más, el joven no pudo darle una respuesta satisfactoria.

—No me acuerdo de ellos—dijo.

—¿Ni sabes quiénes eran?

—Sólo sé que eran blancos.

—Blancos como tú. No puede ser de otro modo. Pero... ¿ni siquiera sabes cómo te llamas?

—No. Sé que me cogieron los indios cuando era muy pequeño. Betty le devolvió la cajita.

—Quédatela—dijo Montano—. Es una de las cosas que más he querido.

—¿Por eso me la das?

—Sí.

Betty sintió una dulce emoción bajo la mirada fervorosa de Montano.

—¿De veras me quieres?—preguntó.

—Más que a todo en el mundo.

—Entonces llévame al lado de mi padre.

Pero antes de que Montano pudiera contestar, se acercó un fiel servidor de Montano para anunciarle que Lobo Negro había conseguido levantar a la tribu contra él y que se disponían a matarle para atacar después al ferrocarril.

—Te voy a llevar al lado de tu padre—dijo entonces Montano a Betty.

Montaron los dos cada uno en su caballo y emprendieron veloz carrera seguidos por Lobo Negro y una india que, en unión de todas las tribus del contorno se dirigían ya contra el ferrocarril.

Cuando llegaron a la vía férrea, los obreros, que se habían dado ya cuenta de la proximidad de los indios, estaban parapetados en plan de combate dentro de los vagones.

Al ver entrar a Betty el capataz se quedó estupefacto.

—Pero ¿eres tú, pequeña Betty? ¿Ea que has logrado escapar de Montano?

—Al contrario. Gracias a Montano estoy aquí. Este es Montano.

Y señalaba al indio que en aquel momento entraba en el vagón.

No tuvo tiempo el capataz de hacer nuevas preguntas. Los indios habían comenzado su ataque y era preciso defenderse.

Montano fué el primero en disparar contra los indios.

Pero pronto se dieron cuenta de que nada podían con los numerosos indios que les atacaban.

—Habría que ir por refuerzos—dijo el capataz—. Pero ¿cómo si no está aquí el maquinista?

—Yo sé conducir una locomotora—dijo Betty—, pero necesito un fogonero.

—Eso es fácil de encontrar.

Montano se encargó de ir a desenganchar la máquina y, al mismo tiempo, acompañó a Betty a la locomotora.

Esta partió velozmente. A todo esto, Betty no había soltado la cajita de música que Montano le acababa de regalar.

Cuando entró la joven en la oficina de su padre, éste estaba acompañado del irlandés.

Los dos se mostraron muy sorprendidos de verla tan inopinadamente, pero Betty respondió a sus preguntas con palabras apremiantes acerca del envío de refuerzos.

Inmediatamente se preparó un tren y todo el pueblo, mujeres y hombres, se dirigió en auxilio de sus compañeros.

El irlandés se quedó mirando la cajita que había depositado Betty sobre la mesa y reconoció el regalo que hiciera al hijito de David Lynch.

Y entonces sí que no le cupo duda acerca de la verdadera personalidad de Montano.

La llegada de los refuerzos coincidió con una lucha entre Lobo Negro y Montano. Aquél había atacado por la espalda a su rival y Montano había conseguido, primero defenderse del ataque, luego, dar su merecido al traidor.

Cuando los centenares de escopetas empuñadas por hombres y mujeres comenzaron a funcionar, los indios huyeron a la desbandada.

Montano se había conducido como un héroe. Todos los que le habían visto combatir le felicitaron, y especialmente Betty, que le dió un abrazo lleno de cariño.

Al darse cuenta de que su padre había premiado este acto de efusividad, Betty le presentó a Montano.

El ingeniero quedó un momento indeciso, sin saber qué hacer. Después subió al tren y dió orden de que se emprendiera el regreso.

Cuando llegaron se encerró en su oficina dando muestras de preocupación. Comprendía que Betty y Montano se amaban y que habían convivido como marido y mujer.

El irlandés intervino en favor del hijo de Lynch.

—Es un hombre de tu raza y tu hija le quiere. ¿Por qué te has de oponer?

—¿Crees que realmente es hijo de David Lynch?

—Estoy completamente seguro. Yo le regalé cuando era niño esa caja de música.

—Entonces es imposible este matrimonio.

—¡La vieja rivalidad! ¡Los Lynch... los Summers!... ¿Todavía no os dais cuenta de los males que esa enemistad estúpida os ha acarreado? Además, tu hija es la esposa de Montano quieras o no. Sólo te quedan dos caminos: ahogar al hijo de Lynch o hacerlo tu yerno.

La evidencia del argumento hizo reflexionar a Brown, el cual acabó por responder:

—Tendré que hacer lo último, porque soy enemigo de la pena de muerte.

El irlandés se apresuró a ir en busca de Betty para darle la noticia y la explosión de felicidad con que fué acogida por ella y por David fué el principio de una era de reconciliación y de amistad entre los Lynch y los Summers.

FIN

Números publicados:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Ellsaa Landi, Victor Mac Laglen, etc.

LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.

AMOR PROHIBIDO, por Barbara Stanwick, Adolphe Menjou, etc.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.

JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Geron, etc.

PARIS-MEDITERRANEO (Día en un coche), por Annabella y Jean Murat.

PAPA POR APICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.

BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.

LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Ellers, Ben Lyon, etc.

EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson y Loretta Young.

MARIDO INFIEL, por Fritz Schulz, Paul Hörbiger y Lucie Englisch.

CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.

CONDENADO, por Ronald Colman.

MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Marie Glory.

ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.

Sea usted lector de las selectas e inimitables
EDICIONES ESPECIALES de LA NOVELA SEMA-
NAL CINEMATOGRAFICA

Acaba de aparecer:

TERESITA

por la pareja ideal Janet Gaynor y Charles Farrell

Esta semana:

La sensación de la temporada

LA PELÍCULA DE LAS ESTRELLAS

Greta Garbo, Joan Crawford, John Barrymore, Lionel Barrymore, Wallace Beery, Lewis Stone y Jean Hersholt, en

GRAND HOTEL

Número especial y fuera de serie. Crítica - Biográficas - Argumento de la película. 16 sugestivas ilustraciones.

Precio el de costumbre: 1 peseta

Acaban de reaparecer:

EL BESO

Creación de Greta Garbo

— y —

EN CADA PUERTO UN AMOR

por Colchita Montenegro, José Crespo, etc.

¡Siempre lo mejor!

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Paseo de la Paz, 10 bis.-Barcelona



E. B.